

# Recuadros y planos

## PRIMERA PARTE

1	Rasgos de la celebración	22
2	Desprestigio de la ritualidad	26
3	La fiesta, afirmación del mundo	30
4	Juego y gratuidad	33
5	Juego liberador y utopía	34
6	Reconocimiento del rito y de la ritualidad	41
7	El símbolo, el espíritu y la belleza	45
8	Fiesta: memoria y fantasía	47
9	La liturgia, la gratuidad y el juego	53

## SEGUNDA PARTE

10	La asamblea eucarística romana en el siglo II	59
11	La asamblea eucarística en Siria durante el siglo III	60
12	Perfil de la asamblea según el Vaticano II	65
13	Presencia de Cristo en la asamblea	69
14	El servicio de los ministros en la asamblea	78
15	La más antigua plegaria de ordenación presbiteral que conocemos (siglo III)	88
16	Diversidad de oficios y ministerios al servicio de la asamblea	92

## TERCERA PARTE

17	Dos homilías pascuales del siglo II	108
18	Visión escatológica del futuro de Dios	109
19	Fragmentos tomados de la homilía pascual de Melitón	111
20	La pascua padecida y la pascua celebrada	119
21	Odo Casel, liturgo y mistagogo	131

#### CUARTA PARTE

22	Diversas estructuras de la celebración de la palabra de Dios	140
23	Etapas en la configuración progresiva del leccionario	142
24	Criterios para la selección de lecturas bíblicas	147
25	Sugerencias para la preparación de la homilía	150
26	Rituales para la celebración de los sacramentos	165
27	Esquema del ritual de bautismo	167
28	Esquema del ritual de la confirmación	169
29	Estructura de la plegaria eucarística o anáfora	183
30	Libros litúrgicos para la eucaristía	189
31	Celebración de la penitencia	195
32	Unción de los enfermos	198
33	Distribución horaria de la liturgia de las horas	213

#### QUINTA PARTE

34	El concepto de tiempo en el Nuevo Testamento	219
35	Año litúrgico y pluralidad de calendarios	221
36	El domingo, «día ecológico»	227
37	La resurrección de Jesús como «primicia»	233
38	Apología de una vivencia espiritual de la pascua	236
39	El ciclo de la manifestación del Señor	247
40	Los cantos para la celebración	256
41	Los domingos del «tiempo ordinario»	259

#### PLANOS

1	Basílica romana	265
2	Iglesia cisterciense	266
3	Catedral de León	267
4	Catedral de Pamplona	269
5	Iglesias barrocas	273
6	Iglesias modernas: Múnich	276
7	Iglesias modernas: Ratisbona	281
8	Iglesias modernas: Müheim	282

# Índice

PRÓLOGO		7
<b>I. FENOMENOLOGÍA DE LA CELEBRACIÓN LITÚRGICA</b>		<b>11</b>
<b>Qué es celebrar</b>		
CAPÍTULO 1	<b>Celebrar, una experiencia cotidiana</b>	13
	1. El significado de la palabra	13
	2. Una rica experiencia familiar	14
	3. Las fiestas de los pueblos	15
	4. ¿Cuándo celebramos los cristianos?	16
	5. El testimonio de la Historia de las Religiones	17
	6. La dinámica interna de la celebración e ingredientes	19
	7. Aproximación al concepto de celebración cristiana	21
CAPÍTULO 2	<b>¿Somos todavía capaces de celebrar?</b>	23
	1. ¿Crisis de lo sagrado o crisis de fe?	23
	2. El desarraigo cultural	24
	3. Alergia a la expresión corporal	25
	4. Tensión entre profetismo y sacerdocio	26
	5. El impacto de las nuevas teologías	26
	6. De la «Ciudad secular» a las «Fiestas de locos»	29
	7. ¿Hemos perdido el talante festivo?	31
	8. El desprestigio de la ritualidad	33
CAPÍTULO 3	<b>Inmersos en el mundo de los símbolos</b>	37
	1. El significado de la palabra <i>símbolo</i>	38
	2. El universo simbólico	38
	3. Signo y símbolo	40
	4. Símbolo y realidad	42
	5. Símbolo y presencia simbólica	43
	6. Símbolo y encuentro personal	45
	7. Símbolo, memoria y utopía	46

	8. Símbolo y comunidad	48
	9. La depreciación del lenguaje simbólico	49
	10. Éxodo rural y opacidad simbólica	51
	11. ¿Se pueden inventar símbolos para la celebración?	52
<b>II. LA ASAMBLEA DEL PUEBLO DE DIOS</b>		<b>55</b>
<b>    Quién celebra</b>		
<b>CAPÍTULO 4</b>	<b>Asamblea y asambleas</b>	<b>57</b>
	1. Asambleas dominicales	57
	2. Asambleas de misa diaria	59
	3. Asambleas de bodas y funerales	59
	4. Pequeños grupos y asambleas domésticas	61
	5. Asambleas homogéneas	62
	6. Asambleas de monjes y de religiosos	63
	7. Asambleas multitudinarias	63
	8. De las misas solitarias a las concelebraciones masivas	64
<b>CAPÍTULO 5</b>	<b>La asamblea y la Iglesia</b>	<b>67</b>
	1. Aclaraciones terminológicas	67
	2. Espejo de la Iglesia	68
	3. Comunidad convocada	69
	4. Comunidad reunida	69
	5. Comunidad creyente	70
	6. Comunidad pecadora	71
	7. Comunidad encarnada	72
	8. Comunidad sacerdotal	73
	9. Comunidad fraterna	74
	10. Comunidad escatológica	75
	11. ¿Es posible celebrar sin asamblea?	75
<b>CAPÍTULO 6</b>	<b>Los servidores de la asamblea</b>	<b>77</b>
	1. Ministerios y asamblea	77
	2. Ministerios y participación	78
	3. Caricaturas en el servicio de presidir	79
	4. Presidencia y comunidad	81

	5. Presidir en la vida y en la celebración	83
	6. Obispos, presbíteros y diáconos	84
	7. Ministerios, servicios y carismas	89
	8. Sacralización del ministerio	92
	9. Incorporación de la mujer al ministerio	94
	10. ¿Eucaristías sin sacerdote?	97
<b>III. EL ACONTECIMIENTO PASCUAL: MEMORIA Y ESCATOLOGÍA</b>		<b>101</b>
	<b>Qué celebramos</b>	
<b>CAPÍTULO 7</b>	<b>Cristo resucitado, germen de la nueva creación</b>	<b>103</b>
	1. La pascua personal de Jesús	103
	2. Nuestra participación en la pascua de Jesús	106
	3. La pascua como proceso de liberación	107
	4. La pascua como signo del mundo futuro	109
	5. La pascua como don del Espíritu y como proyecto	110
<b>CAPÍTULO 8</b>	<b>Celebrar su memoria hasta que vuelva</b>	<b>113</b>
	1. La historia de un Dios cercano y liberador	113
	2. Un solo Dios y una sola historia de salvación	115
	3. En la plenitud de los tiempos	117
	4. Una historia para contar	119
	5. Del relato al memorial y a la doxología	122
	6. La repetición cíclica del ritual	124
	7. Todos los sacramentos celebran y actualizan la pascua	125
	8. La presencia del Señor en los misterios	127
<b>IV. ESTRUCTURAS CELEBRATIVAS</b>		<b>133</b>
	<b>Cómo celebramos</b>	
<b>CAPÍTULO 9</b>	<b>Celebración de la palabra</b>	<b>135</b>
	1. ¿Cuándo realizamos una celebración de la palabra?	135
	2. Adulteraciones de la celebración de la palabra	137
	3. Estructura y dinámica de la celebración de la palabra	138
	4. De la Biblia al leccionario	141
	5. Celebrar que Dios habla a su pueblo	142

	6. ¿Está encerrada la palabra de Dios en la Biblia?	144
	7. ¿Hace falta un leccionario?	145
	8. ¿Lectura «continuada» o lectura «temática»?	146
	9. El leccionario bíblico del Vaticano II	147
	10. ¿Homilía o coloquio?	148
	11. Los cantos y el tono festivo de la celebración	151
	12. La oración de la asamblea	153
	13. Gestos y símbolos	155
<b>CAPÍTULO 10</b>	<b>Liturgia de los sacramentos</b>	<b>157</b>
	1. Por qué siete sacramentos	157
	2. Instituidos por Cristo	161
	3. ¿Una estructura estándar?	162
	4. El binomio <i>palabra y sacramento</i>	163
	5. Los sacramentos de la iniciación cristiana	165
	a. Ritos iniciáticos y rituales de paso	166
	b. Función iniciática del catecumenado	168
	c. Muerte mística en el seno de las aguas	170
	d. Iluminación bautismal y vida nueva	171
	e. La liturgia del banquete	172
	6. El sacramento central: la eucaristía	174
	a. El mensaje simbólico de la eucaristía	175
	b. La fuerza expresiva del comer y del beber	175
	c. La estructura del banquete y su contenido simbólico	176
	d. El simbolismo del intercambio de dones	179
	e. La plegaria de acción de gracias o anáfora	180
	f. Inspiración profética y creatividad	184
	g. Los símbolos del pan y del vino	186
	7. El sacramento de la reconciliación	189
	a. Un sacramento en crisis	190
	b. Recuperar la dimensión comunitaria	191
	c. El horizonte del nuevo ritual	192
	8. Sacramentos para el hombre	195
	a. Diagnóstico sobre las bodas eclesíásticas	196
	b. La estructura celebrativa del matrimonio	196
	c. La unción de los enfermos	197

CAPÍTULO 11	<b>Liturgia de las horas</b>	201
	1. ¿Un éxito pastoral?	201
	2. ¿Una oración piadosa o una celebración?	202
	3. Recuperar el carácter celebrativo del oficio divino	202
	4. Oración de Cristo y oración de la Iglesia	203
	5. La dimensión eclesial de la liturgia de las horas	206
	6. La referencia al tiempo: Lo específico del oficio divino	209
	7. Deterioro de la referencia temporal	210
	8. El ritmo de la oración y el ritmo de la vida	211
	<b>V. TIEMPOS Y LUGARES SAGRADOS</b>	215
	<b>Dónde y cuándo celebramos</b>	
CAPÍTULO 12	<b>Ciclos y fiestas del año litúrgico</b>	217
	1. Tiempo sagrado, tiempo profano y tiempo cósmico	218
	2. El día del Señor	220
	a. El primer día de la semana	221
	b. Día de la asamblea eucarística	222
	c. Descanso dominical y sociedad de consumo	225
	3. La fiesta de pascua	227
	a. De la pascua semanal a la pascua anual	228
	b. ¿Una fiesta de primavera?	229
	c. La pascua como espera escatológica	229
	d. La pascua como «memoria mortis»	231
	e. Interpretación espiritual de la pascua	234
	f. «Comer la pascua» y «padecer la pascua»	235
	g. Fragmentación de la pascua y configuración de la semana santa	236
	4. La cincuentena pascual	237
	a. Un tiempo para la alegría	238
	b. Imagen del reino de los cielos	238
	c. El «gran domingo»	239
	d. Disolución de la cincuentena	239
	5. La cuaresma	241
	a. La prehistoria de la cuaresma: primeros apuntes	242
	b. Primeros testimonios sobre la cuaresma romana	242

	c. Una experiencia de desierto	243
	d. Tiempo de penitencia y de preparación bautismal	244
	6. El ciclo de navidad	245
	a. Una sola fiesta con dos nombres distintos	246
	b. Adviento: A la espera de la venida del Señor	248
	c. Espíritu y dimensión del adviento hoy	249
	7. El santoral: Los testigos de la resurrección	250
	a. Culto a los santos y misterio pascual	250
	b. La memoria de los mártires	252
	c. Desarrollo del culto a los santos	253
	d. La reforma del santoral operada por el Vaticano II	255
	8. Las fiestas de la Virgen María	257
<b>CAPÍTULO 13</b>	<b>El lugar de la celebración</b>	261
	1. De la «domus ecclesiae» a la basílica	262
	a. Las «domus ecclesiae»	262
	b. El paso a la basílica	264
	2. De la Iglesia una a la pluralidad de altares y de capillas	265
	3. ¿Iglesias para la comunidad o para el clero?	268
	4. Focos de interés en el edificio de la iglesia preconiliar	270
	5. El Vaticano II reordena el espacio celebrativo	274
	a. Criterios rectores para la construcción de iglesias	274
	b. El presbiterio	276
	c. El altar	277
	d. La sede	278
	e. El ambón	279
	f. El lugar de la asamblea	280
	g. El lugar de los cantores	280
	h. El sagrario y la capilla del Santísimo	281
	j. El baptisterio	282
	k. Los confesonarios	283
	<b>Bibliografía</b>	285
	<b>Recuadros y planos</b>	287

# Prólogo

El contenido de este libro fue publicado hace unos años por la Editorial San Esteban de los dominicos de Salamanca, a los que agradezco cordialmente su acogida en la editorial y su publicación. La obra apareció con el título *Celebrar, un reto apasionante*. Ahora aparece en la Editorial Verbo Divino de Estella con otro formato, con otro título y con nuevos contenidos, de acuerdo con las exigencias de la colección.

He vuelto a recomponer este libro con la ilusión de aportar una chispa de esperanza a quienes, después de muchos años de bregar, no acaban de ver un horizonte despejado. Se encuentran, por el contrario, insatisfechos y un tanto defraudados. Todos esperábamos que la reforma litúrgica iba a ser el punto de arranque de una primavera. Teníamos confianza en el futuro y esperábamos que las celebraciones litúrgicas, en adelante, iban a estar henchidas de calor y de fiesta, comprometidas con la vida y con los problemas de las personas, hondamente participadas y con capacidad de arrastre. En algún momento hasta hemos llegado a sentirnos embargados por el embrujo de la celebración e impulsados a entrar de lleno en su hondura espiritual arrastrados por la fuerza poderosa de los símbolos, por el vigor de la palabra anunciada y por el testimonio estimulante de los hermanos. Pero esto ha ocurrido pocas veces. La euforia del inmediato posconcilio terminó pronto. Diríamos que se nos echó el invierno encima casi sin darnos cuenta.

Uno se siente fuertemente impresionado por el testimonio de sacerdotes animosos, de grupos comprometidos, de comunidades y parroquias en las que se intenta llevar adelante un esfuerzo serio y sincero por revitalizar las celebraciones litúrgicas. Pero el resultado suele ser frustrante. Porque las claves que se utilizan no son las justas, ni los criterios rectores los más indicados. El modelo de celebración que se maneja como patrón o como punto de referencia no es, ni mucho menos, el que corresponde. Por eso he intentado en este libro, con la cautela que el caso merece, ofrecer pistas y criterios que ayuden a montar y llevar adelante celebraciones litúrgicas satisfactorias.

Desde esta experiencia un tanto desilusionante, surgen mis dudas sobre la posibilidad real de poner en marcha celebraciones festivas y estimulantes. Es cierto que se trata de un reto apasionante y de un desafío lleno de emoción y de interés para los responsables de la liturgia. Pero, dado el resultado negativo de tanta experiencia baldía, aparece enseguida el interrogante: ¿No será éste un reto imposible?

Desde aquí yo apuesto por el optimismo y por la esperanza. Apuesto por un futuro de renovación y de equilibrio. Porque tengo confianza en los esfuerzos que, de un lado y de otro, se vienen haciendo entre nosotros. Interés y buena voluntad no faltan. Quizás los responsables de la formación y de la

catequesis en la Iglesia tengan que mostrarse más sensibles respecto a los valores celebrativos. Quizás tengan que vencer los viejos tabúes que les hacen mirar siempre con sospecha las implicaciones de la ritualidad y del universo simbólico. Quizás no deba confundirse la ritualidad con el ritualismo, el simbolismo con la superficialidad, la fiesta con el escapismo angelista, la gratuidad de la acción de Dios con el abandono de la militancia y de la ética.

Espero con confianza que los responsables de las celebraciones litúrgicas tengan acierto en la manera de enfocar el ritmo y el talante de la liturgia; que sepan crear un clima celebrativo alentador, capaz de arrastrar y embargar a la asamblea; que sepan utilizar las palabras adecuadas, insertándolas en un lenguaje cultivado y de calidad, sin caer ni en el purismo pedante ni en la chavacanería, convencidos de que un lenguaje llano y asequible no tiene por qué derivar en lo vulgar. El celebrante que preside una liturgia, al aceptar el riesgo de celebrar, tiene que asumir con convencimiento su función de liturgo: tiene que saber imprimir plasticidad y fuerza comunicativa a sus gestos; tiene que saber elevar los brazos, extender las manos, alzar los ojos al cielo, besar con unción el altar, saludar a la asamblea con calor y con respeto. La música utilizada en la celebración y los cantos han de ser de calidad, impregnando de colorido y de sabor musical textos cargados de unción y de ritmo, libres de cualquier forma de superficialidad. Además hay que prestar atención a los elementos que decoran y embellecen el espacio celebrativo. Aquí hay que moverse entre la nobleza de los objetos y la sencillez de las formas. Un cierto sentido de la medida y de la discreción siempre viene bien. La exuberancia exagerada es a veces una aliada camuflada de la ramplonería.

Pero, por encima de todas estas formalidades y además de ellas, el liturgo ha de aparecer como un hombre de fe convencido, transfigurado, seguro de lo que dice y de lo que hace. Cuando ora o cuando

se dirige a la asamblea sus palabras deben brotar de su boca como un torrente, no como si fuera una transmisión superficial e insignificante, sino como un chorro de vida que le sale de las entrañas. El liturgo, si quiere transmitir calor y entusiasmo a la asamblea, tiene que volcar toda su alma de creyente y todos sus sentimientos más refinados y nobles en lo que está haciendo. El liturgo debe dejarse embargar por la fuerza irresistible del Espíritu para que la liturgia que él preside sea un espacio abierto, capaz de contagiar a toda la asamblea y capaz de sumir a ésta en un clima de euforia espiritual y de emoción interior. A la postre quizás podamos decir que la celebración ha dejado de ser un reto imposible para convertirse en un proyecto apasionante.

Desde aquí, pues, hago una apuesta por el optimismo. Pero a condición de que se garantice una formación litúrgica seria a los sacerdotes y a los laicos implicados en la tarea pastoral o comprometidos en grupos y comunidades. Debo confesar aquí que, a veces, en encuentros de trabajo con grupos de liturgia, me he sentido confundido y asombrado al oír la contundencia y el aplomo con que algunos se expresan al hablar sobre temas litúrgicos. Uno no sabe si es más destacable la seguridad y osadía con que se emiten las afirmaciones, o la ignorancia o falta de información que tales afirmaciones revelan. Da la impresión de que en liturgia todo vale y que cualquier propuesta, incluso las más osadas y descabelladas, pueden tomarse en consideración y ser llevadas a la práctica. Es un error. Estoy seguro de que, con una base de formación elemental, se evitarían muchos desaciertos y nos iríamos creando unos criterios de acción comunes, en los que podríamos coincidir para sacar adelante proyectos comunitarios alentadores y con garantías de éxito.

Antes de terminar quiero dedicar una palabra de agradecimiento al sacerdote y arquitecto riojano don Gerardo Cuadra y a su secretaria, Julia García, que han tenido la amabilidad de facilitarme los planos de iglesias que aparecen publicados en este

libro. Igualmente quiero agradecer a mi esposa, María Dolores, el interés y la paciencia con que ha leído y corregido los originales de esta obra.

Termino. Lo hago con una referencia a la fe que nos une y expresando mi confianza en la inconfundible acción del Espíritu que anima y guía a su Iglesia, a veces por caminos que a nosotros se nos antojan torcidos y equivocados, pero que sin duda son los caminos de Dios. A la corta o a la larga, con la

buena voluntad que a todos nos anima y con el buen sentido que nos debe caracterizar, contando sobre todo con la presencia alentadora del Señor Jesús, estamos seguros de que una nueva primavera rejuvenecerá a su Iglesia. Si este libro contribuye en algo a alentar esta esperanza, el trabajo no se habrá hecho en vano.

*José Manuel Bernal*  
*Pascua de 2010, Logroño*

# Celebrar, una experiencia cotidiana

Nos encontramos ante una palabra cuyo contenido se nos escapa fácilmente de las manos. Es un concepto escurridizo, de contornos poco definidos, de connotaciones variadas y difícilmente catalogables. Se recurre a él con frecuencia, sobre todo en estos últimos tiempos. Sabemos más lo que no es que lo que es. Quiero decir que quizás estamos más predispuestos a definirlo por lo que no es, de forma negativa, que por lo que es, de forma positiva. En todo caso, es imprescindible definir su contorno diseñando el perfil que lo delimita. Hay que precisar el contenido del vocablo. Debemos estar de acuerdo sobre lo que ponemos detrás o debajo de la palabra a fin de evitar equívocos o malentendidos.

Con frecuencia decimos: hay que garantizar el carácter celebrativo de la liturgia de la palabra. Lo decimos y nos quedamos tan satisfechos. La frase resulta efectivamente redonda. Pero, luego, al repensar el tema caemos en la cuenta de que eso del *carácter celebrativo* puede haber resultado una expresión hueca, sin contenido. Más aún, cuando intentamos concretar el sentido de la expresión, nuestro discurso se pierde en un mar de vaguedades y circunloquios, damos mil explicaciones y, a la postre, debemos reconocer ante nosotros mismos que no tenemos nada claro en qué ha de consistir una liturgia de la palabra para que sea de verdad una celebración, ni cuáles son los ingredientes indispensables que conforman el perfil de ese concepto.

Es pues imprescindible comenzar nuestra reflexión aclarando el concepto y fijando con la mayor precisión posible el contorno que lo define.

## 1. El significado de la palabra

Vaya por delante una breve información sobre el sentido que tiene la palabra *celebrar*, tal como se desprende de algunos estudios de carácter filológico y que a nosotros bien puede servirnos de punto de arranque para entrar de lleno en el tema. La latina *celebrare* proviene de la raíz latina *celeber* y del griego *κελλω*, que significa *empujar, impulsar*. Sin embargo, vinculada la expresión al lenguaje sagrado, evoca la idea de algo *público* y *frecuente*; algo *sagrado, solemne, venerable, festivo*. Tanto en la versión de los LXX, para el Antiguo Testamento, como en el Nuevo Testamento, el sentido del vocablo se decanta claramente hacia un uso habitualmente cultural y sacral. Este perfil cultural de la expresión aparecerá bien consolidado en los escritos de los Padres y en la literatura eucológica latina de los primeros siglos. En este sentido, hay que decir que *celebrare* hace referencia a una acción comunitaria y solemne, ligada a una festividad y que se repite periódicamente. Aun cuando los Padres mantienen un uso más abierto y polivalente del vocablo, y así hablan de *celebrar la apertura de un Concilio* o de *celebrar un ayuno*, sin embargo el uso habitual se

refiere a las celebraciones litúrgicas; y así se consideran objetos de celebración los sacrificios, las oblaciones, los sacramentos, las fiestas, etc. El sujeto que ejecuta la celebración es siempre la comunidad, la asamblea reunida, en la que se incluyen los sacerdotes y los fieles. Todos juntos constituyen la *plebs sancta* o *ecclesia*. La acción de *celebrare* enlaza con otros vocablos que, con matices distintos, complementan y enriquecen el contenido original. Así, con frecuencia, viene sustituido o acompañado con verbos que expresan una acción comunitaria (*congregar, coincidir, concurrir, concelebrar*); o con verbos que subrayan el talante activo del vocablo (*hacer, efectuar*); o con verbos que aluden a una acción reiterada y repetida de forma periódica (*repetir, frecuentar, volver a hacer, reunirse de nuevo*). Respecto al contenido y perfil de la celebración, los Padres señalan que se trata siempre de una acción visible referida a una realidad invisible, estructurada como un diálogo entre Dios y su pueblo y que actualiza en el presente un acontecimiento del pasado, el cual, a su vez, es promesa de futuro<sup>1</sup>.

## 2. Una rica experiencia familiar

Es bueno que partamos de la experiencia cotidiana. Porque estoy plenamente convencido de que todos tenemos una rica experiencia celebrativa. Seguramente no hemos caído en la cuenta, ni hemos realizado una reflexión sobre el hecho, ni siquiera hemos utilizado la palabra *celebración*. Pero la experiencia está ahí, en nuestra vida, latente.

Me estoy refiriendo a esas fiestas familiares, íntimas y entrañables, en las que, año tras año, celebramos –¡ya salió la palabra!– o el aniversario del

nacimiento de nuestros hijos, o nuestro aniversario de bodas, o la primera comunión de nuestro hijo mayor, o el aniversario de la muerte del abuelo. Todo son celebraciones. Algunas, las de carácter conmemorativo, como los aniversarios, se repiten periódicamente, cada año. Unas tienen carácter gozoso, y se festejan con alegría. Otras, como la muerte del abuelo, son tristes y se celebran anualmente para evocar su memoria y encomendarlo al Señor. Hay otras celebraciones familiares, como una primera comunión o unas bodas, que no tienen carácter conmemorativo y se reducen a la celebración festiva del acontecimiento. Éstas no tienen por qué estar dotadas de carácter repetitivo o periódico.

Estas celebraciones familiares, como tales, quedan reducidas al ámbito doméstico. Sólo son compartidas por los miembros de la familia: los padres, los hijos, los abuelos, algunos primos y los amigos más íntimos. El grupo es pequeño pero entrañable. El espacio en el que se desarrolla la celebración también suele ser reducido, familiar. Porque, en realidad, la celebración consiste habitualmente en una comida festiva, cuya mesa, revestida con los mejores manteles, suele estar adornada con luces y flores. Al comenzar el banquete, el padre de familia pronuncia unas palabras para evocar el motivo de esa celebración, agradecer su presencia a los comensales y expresar a todos sus mejores votos y deseos de felicidad. La comida es abundante, copiosa, regada con los mejores vinos. El clima es alegre, exuberante, festivo; en algunos casos puede llegar al desbordamiento y hasta el exceso. No se parece en nada a una comida ordinaria. Esta comida, que en realidad es un banquete, es algo distinto, algo separado de lo habitual y cotidiano. La comida de cada día es para alimentarnos, para nutrirnos; tiene una finalidad biológica concreta. El banquete festivo, en cambio, tiene otro sentido, otra intencionalidad, otra razón de ser; se trata de recordar y de celebrar un evento gozoso en el que se ha visto implicada toda la familia. En esta ocasión gozosa la familia se encuentra y se reconoce, se estrechan sus

---

<sup>1</sup>Para un estudio de este tema hay que referirse a: Benedicta Droste, «*Celebrare*» in *der römischen Liturgiesprache*, Max Hueber, Múnich 1963.

lazos y se ahondan las raíces que la definen. Porque el evento que celebramos aquí no es un hecho ausente, lejano, perdido en el olvido; al contrario, al celebrarlo lo conmemoramos; y, al conmemorarlo, lo reconocemos como presente y activo en el fondo de nuestras vidas.

### 3. Las fiestas de los pueblos

También ésta es una experiencia enriquecedora y significativa cuya evocación puede aproximarnos un poco más hacia la idea de *celebrar*, tan cercana y tan indefinible. Porque en los pueblos, cuando llegan las fiestas, también celebramos. Y no hace falta que estas fiestas sean religiosas, aunque sea lo más habitual. También celebramos otros eventos como la fiesta de la Constitución o la del Estatuto de Autonomía, o la fiesta del Trabajo, o las de Moros y Cristianos en tierras de Levante, o las del Carnaval en toda la geografía española. La lista sería interminable. Pero, para lo que nosotros buscamos, no nos hacen falta listas exhaustivas. Nos bastan estos ejemplos<sup>2</sup>.

En estos casos no se trata de una fiesta familiar. Es toda la población la que viene convocada e invitada a la fiesta. Porque el acontecimiento que está en el origen de la fiesta y motiva la llamada a la celebración afecta a todo un colectivo. En ese sentido, es obvio que la fiesta de la Constitución Española afecta a toda la nación española; y la fiesta del Estatuto de Autonomía afecta a todo el colectivo de la comunidad autónoma; y así en los demás casos. Por eso la convocatoria o la llamada a la fiesta viene pronunciada por los altos responsables de la nación o de la comunidad autónoma; los actos conmemorativos en los que se centra la celebración tienen otros aires y mayores ínfulas: grandes con-

centraciones, discursos de circunstancia evocando el acontecimiento y estimulando a la multitud, banderas, pancartas, cantos enfervorizados y consignas reivindicativas proclamadas por la muchedumbre a voz en grito. Tampoco faltan los gestos: puños en alto o manos alzadas, abiertas y limpias. Mensajes sin palabras, cargados de elocuencia.

Otras celebraciones, como las de los pueblos en fiesta, cuentan con otras formas de expresión, menos convencionales quizás, pero sí más espontáneas, más exuberantes, más desinhibidas. Estoy pensando en esos discursos grandilocuentes ante muchedumbres enfervorizadas que, en sintonía con el chupinazo, sirven de pregón a la fiesta. Pienso en las bandas de música, tan abundantes en las Fallas de Valencia, que amenizan el desfile de las comparsas; pienso en las charangas de los pueblos del norte, formando comitiva con los gigantes y cabezudos, y en las carrozas; pienso en la gente vestida de forma estrafalaria, en los pasacalles, en las comidas al aire libre, en los pantagruélicos banquetes, en los concursos de jotas y bailes, en las verbenas, en los cohetes, en las tracas y en los fuegos artificiales. Todo es exuberante en estas fiestas y extraordinario, hasta rayar en el exceso y el desenfreno, en lo estrafalario y en lo grotesco. Se come más, se bebe más, se canta más, se baila y se danza más, y se duerme menos. Todo es distinto del acontecer de cada día. Las casas y las calles, engalanadas con luces, guirnaldas y banderas, son distintas; las comidas, más selectas y copiosas, son distintas; las personas, vestidas de fiesta, aparecen de forma distinta; el transcurrir de las horas y de los días, sin obligaciones y sin trabajo, también es distinto. La celebración, como meollo de la fiesta, nos sitúa en un espacio aparte, separado, distinto del rodar monótono de lo habitual y de lo cotidiano.

Estas celebraciones, integradas por discursos, por gestos simbólicos, por aclamaciones y cantos, enriquecidas por expresiones simbólicas y festivas, cargadas de imaginación y sentimiento, o bien in-

---

<sup>2</sup>Cf. Luis Maldonado, *Religiosidad popular. Nostalgia de lo mágico*, Cristiandad, Madrid 1975; Juan Mateos, *Cristianos en fiesta*, Cristiandad, Madrid 1972.

tentan evocar y recordar importantes acontecimientos del pasado presentes en la memoria colectiva del pueblo, o bien, a través de la exuberancia y el desenfreno, intentan reproducir, aunque sólo sea esporádicamente, nuevos modos de existencia, soñada pero nunca conseguida, en los que dominen la libertad sin trabas, y la felicidad sentida, y la abundancia, y la alegría desbordante. Es el gran sueño de la utopía que sólo la imaginación del pueblo y su capacidad celebrativa pueden hacer realidad.

#### 4. ¿Cuándo celebramos los cristianos?

Lo hacemos con harta frecuencia. Quizás eludimos la palabra, pero en realidad se trata de una experiencia celebrativa. Un tanto adulterada, quizás, y sin la fuerza, el vigor y el impacto que fuera de desear. Cuando decimos que vamos a misa los domingos probablemente no pasa por nuestra cabeza la idea de celebración. No pensamos que vamos a celebrar algo. Vamos, eso sí, a cumplir con una obligación, a cumplimentar una práctica tradicional heredada de nuestros padres. Vamos a *oír* misa. Raramente pensamos que la misa es una celebración.

Pero aquí no se trata de señalar a nadie con el dedo ni de buscar responsables. La forma de celebrar la eucaristía a raíz del Concilio, al menos en un buen número de iglesias y comunidades de nuestro país, puede darnos ya una idea aproximada de lo que es celebrar. Se ha recorrido un gran camino, ciertamente, aunque no con el ánimo, la premura y la decisión que muchos hubiéramos deseado.

Cuando nos reunimos en nuestras iglesias para celebrar la eucaristía dominical nos sentimos urgidos a tomar parte en la celebración; es decir, en los cantos, en las oraciones, en los gestos, en las posturas; escuchamos las lecturas e incluso alguna vez somos invitados a proclamarlas; vemos al sacerdote que preside, no de espaldas, como antes, sino de frente, cercano; el altar ya no es el soporte de un hermoso retablo adosado al muro de la iglesia, sino

una mesa de banquete, cubierta con un mantel y adornada con luces y flores; y la lengua empleada para hablar es la nuestra, la que nosotros usamos para comunicarnos y para entendernos. En este nuevo tipo de experiencia religiosa ya no nos sentimos tan ausentes como antes, tan ajenos a lo que se realiza en el altar; ahora a la asamblea se la invita a participar, a tomar parte en la celebración. La misa ha dejado de ser una cosa de curas para convertirse en una experiencia comunitaria y eclesial.

Más todavía, en la medida en que nuestro nivel de formación cristiana ha ido creciendo y hemos llegado a ser más adultos, somos más conscientes de que, en última instancia, es Dios quien nos convoca y nos reúne. Es su palabra la que resuena en nuestros oídos, la que de forma insistente y reiterada va exigiendo de nosotros una respuesta de fe, de adhesión incondicional e inquebrantable a la persona y al mensaje de Jesús. Por eso nos reunimos. Porque necesitamos expresar nuestra fe. Porque necesitamos expresar nuestra condición de Iglesia de Jesús. Porque necesitamos celebrar su memoria, la memoria viva de su pascua liberadora. Y lo queremos hacer juntos, como comunidad del pueblo de Dios, reiterando en su memoria el banquete del Reino y compartiendo los dones del pan y del vino, que son los símbolos de la nueva utopía, el aval de la presencia del Señor en el mundo nuevo de los redimidos.

Ésa es nuestra experiencia celebrativa. La que los cristianos compartimos cada vez que nos reunimos para la misa. Pero nuestra experiencia de celebración no se agota en la eucaristía. También el rito del bautismo es una celebración, y el de la confirmación, y el de la penitencia, por extraño que parezca; e incluso la unción de los enfermos. En definitiva, todos los sacramentos. Lamentablemente el uso de determinadas expresiones nos ha jugado una mala pasada y ahora nos pasa factura. Después de tantos, no años sino siglos, hablando de la *administración* de los sacramentos ahora resulta sumamente difícil a los responsables de la li-

turgia y de la pastoral hacer comprender a los fieles que los sacramentos no son una cosa que se da o se administra sino un misterioso encuentro que se vive y se celebra.

Lo mismo tendría que decir respecto al oficio divino, llamado hoy liturgia de las horas. Es el que los monjes y las monjas, los religiosos, religiosas y los canónigos suelen celebrar en común. Se trata igualmente del rezo que todos los obispos, sacerdotes y diáconos deben cumplimentar día tras día. Me refiero al famoso y bien conocido rezo del breviario. A este rezo lo llamamos hoy oración de las horas porque se reparte a lo largo de las horas del día, por la mañana, al mediodía y por la tarde. Por eso se llama liturgia de las horas. Lo difícil en este caso es hacernos a la idea de que se trata de una verdadera celebración cuando, de hecho, la mayor parte de quienes la realizan lo hacen en solitario, en la intimidad, como quien saborea un libro, hace un rato de meditación o, a lo sumo y en el mejor de los casos, se sumerge en una profunda oración personal. De celebración, nada; sólo el nombre y, por supuesto, la intención de quienes la idearon.

Sin embargo, para no desairar a quienes deseen hacer una experiencia enriquecedora de este tipo de celebración de las horas, hay que señalar la existencia de importantes comunidades de monjes y de monjas en las que nos será posible acercarnos y atisbar lo que puede dar de sí una celebración de este tipo. Siempre se tratará de una experiencia cargada de emoción espiritual y de recogimiento, vivida en una atmósfera sublime en la que se combina la gestualidad reverente y expresiva con el canto comunitario de los himnos unido a la larga salmodia sosegada y monocorde. Todo ello nos permitirá descubrir un nuevo tipo de celebración, serena y recogida, inédita para la mayoría de los cristianos<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Cf. J. A. Jungmann, *Des lois de la célébration liturgique*, Cerf, París 1956; Claude Duchesneau, *La celebración en la vida cristiana*,

## 5. El testimonio de la Historia de las Religiones

La experiencia celebrativa no es exclusiva de los cristianos. También aparece en el entorno de otros pueblos y culturas de origen arcaico, tal como aparece descrito el fenómeno en los tratados de Historia de las Religiones<sup>4</sup>. Para entender el comportamiento habitual de esas comunidades tribales hay que partir de la existencia de los llamados *arquetipos míticos*, es decir, de los acontecimientos y acciones ejemplares, paradigmáticas, que han tenido lugar en el origen del tiempo –*in illo tempore*–, esto es, en el tiempo mítico. Estas acciones son obra de seres divinos, de héroes y personajes míticos. A ellos se atribuye el establecimiento del orden, la creación de instituciones sociales y culturales; en suma, toda la obra civilizadora. A sus acciones y a sus gestos, a todo su comportamiento, se les confiere un carácter ejemplar y modélico. En ellos se funda el patrón de toda conducta humana y de todo comportamiento. Ahora bien, mientras el hombre de las civilizaciones modernas se siente creador y protagonista de la historia, el hombre de las sociedades arcaicas se reconoce como la terminación de una historia mítica. Su cometido como hombre, a lo largo del tiempo, no consiste en crear

---

Marova, Madrid 1981; Luis Maldonado, «La celebración litúrgica. Fenomenología y teología de la celebración», en Dionisio Borobio, *La celebración en la Iglesia I, Liturgia y sacramentología fundamental*, Sígueme, Salamanca 1991, 205-357; AA.VV., *La celebración cristiana. Una reforma pendiente. XV Semana de Estudios de Teología Pastoral*, Verbo Divino, Estella 2005.

<sup>4</sup> Para tener un conocimiento amplio y riguroso de este fenómeno puede consultarse la prestigiosa obra de Mircea Eliade. Voy a citar sus escritos más importantes: M. Eliade, *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, 4 vols., Cristiandad, Madrid 1980ss; *Tratado de Historia de las Religiones*, 2 vols., Cristiandad, Madrid 1974; *Lo sagrado y lo profano*, Guadarrama, Madrid 1967; *El mito dell'eterno ritorno*, Borla, Turín 1966; *Imágenes y símbolos. Ensayos sobre el simbolismo mágico-religioso*, Taurus, Madrid 1974; *Mito y realidad*, Guadarrama, Madrid 1968; *Mythes, rêves et mystères*, Gallimard, París 1957.

la historia, sino en repetir los gestos y comportamientos primordiales, realizados de una vez para siempre en el tiempo mítico. Solamente en este caso, es decir, en la medida en que sus acciones reproducen e imitan las acciones ejemplares de los héroes míticos, aquéllas tienen sentido y realidad.

Ahora bien, los rituales sagrados se consideran una forma privilegiada de imitar y repetir las acciones primordiales, realizadas por los dioses y los héroes, narradas en los mitos. La repetición ritual de las acciones míticas regenera el tiempo, establece un espacio sagrado y mantiene permanentemente la conexión del hombre con los antepasados míticos. La ejecución periódica del ritual provoca la regeneración espiritual y garantiza el mantenimiento del orden original.

En relación con los arquetipos míticos y la imitación ritual de los mismos, es importante considerar el indudable interés que reviste la narración del mito. Éstos refieren acontecimientos que han tenido lugar *in principio*, en el instante primordial, y sirven de modelo a las ceremonias rituales. Al narrar un mito se reactualiza el tiempo sagrado en que tuvieron lugar esos acontecimientos primordiales. Para el hombre arcaico los mitos no son creaciones fantásticas e irreales. Al contrario. Por pertenecer a la esfera de lo sagrado y estar en relación con seres sobrehumanos, el mito es considerado por el hombre arcaico como algo verdadero y real<sup>5</sup>.

Como acabo de indicar, por tanto, en las sociedades arcaicas los rituales sagrados imitan las acciones primordiales –los arquetipos míticos– y las reproducen. Por eso, cada vez que se repite el rito se imita el gesto arquetípico del dios o del antepasado, el gesto que tuvo lugar en el origen del tiempo, en el tiempo mítico. Entra aquí, por tanto, una connotación especial, una idea nueva: la idea de

periodicidad y la de repetición. Los rituales no se ejecutan de una vez para siempre. Hay que repetirlos una y otra vez, de forma periódica e insistente, penetrando e impregnando progresivamente la duración temporal en la que aparece inserta nuestra existencia cotidiana y desacralizada. Al ejecutar reiterada y periódicamente el ritual, el acontecimiento primordial, imitado en el rito, se hace presente aquí y ahora, en este instante. No sólo el acontecimiento, sino también el tiempo mítico se reproduce y representa, por muy remoto que podamos imaginarlo.

Estos rituales, a los que vengo haciendo referencia en este apartado, revisten formas variadas y constituyen una importante constelación de gestos, actitudes, comportamientos, usos de carácter simbólico, acciones rituales, etc. Por otra parte, se da también un recurso constante a elementos u objetos de carácter mágico o religioso cargados de significado y que remiten a espacios y fuerzas sobrenaturales. Estos elementos, que pueden ser un árbol, una roca, una piedra, un lago, una fuente, un río, un bosque, o cualquier otro elemento con carga simbólica, son llamados *hierofanías* y constituyen elementos de mediación que permiten a los miembros de la tribu o del clan conectar con fuerzas sobrenaturales y tomar contacto con lo sagrado. Este carácter hierofánico afecta también a personas, como los sacerdotes, brujos o chamanes, considerados personas sagradas; y a determinados comportamientos corporales como la danza, el canto, los gritos acompasados, los gestos colectivos, los baños lustrales, las unciones, etc. Todos ellos son componentes utilizados con frecuencia en los rituales.

Está claro que la regeneración del tiempo se lleva a cabo mediante la repetición cíclica de los rituales. El ritual transforma la duración profana en tiempo sagrado, en tiempo de salvación. Por eso, regenerar el tiempo es remitir al hombre a sus propios orígenes, recuperar el tiempo puro, el tiempo de la creación. En ese sentido toda repetición ri-

---

<sup>5</sup>Cf. M. Eliade, *El mito dell'eterno ritorno...*, óp. cit., 13-70.

tual, toda celebración, toda fiesta, no es sino la reactualización del acto creador. Los calendarios religiosos, de hecho, conmemoran a lo largo del año todas las fases cosmogónicas que han existido desde el principio. Cada año sagrado es un retorno incesante, periódico, al momento de la creación.

A la luz de estas reflexiones queda claro que la regeneración del tiempo hay que entenderla como una nueva creación, como una repetición del acto cosmogónico. Es una vuelta a los orígenes para empezar de nuevo. Es el triunfo del cosmos sobre el caos. Queda abolida y aniquilada una etapa para dar paso a una nueva era. El viejo mundo, sumido en el caos, queda disuelto para que surja una humanidad nueva y regenerada.

Todo esto se refleja de manera clara y sorprendente en las celebraciones tradicionales del año nuevo. Se trata de una reactualización de la cosmogonía, de la reanudación del tiempo en su comienzo, es decir, de la restauración del tiempo primordial. Con motivo de esta fiesta se procede a la realización de una serie de rituales de purificación por los que los pecados son eliminados y se expulsa a los demonios. Estos ritos de purificación representan el fin del mundo y la victoria sobre el caos. En la tradición iraní durante las ceremonias del año nuevo se leía el poema de la creación. Esta lectura coincide con la narración del mito cosmogónico, por lo que no solamente se conmemora, sino que se reactualiza el gesto creador.

Dado que la cosmogonía es la suprema manifestación divina, la celebración cíclica del año nuevo permite al hombre la incorporación al gesto creador para recomenzar su existencia *ab origine* con nuevas fuerzas vitales y con nuevos estímulos. Regenerar el tiempo es, en definitiva, ofrecer al hombre y a la historia una nueva posibilidad de existencia<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup>Cf. M. Eliade, *Tratado de Historia...*, óp. cit., 184-189; *Il mito dell'eterno ritorno...*, óp. cit., 71-122.

## 6. La dinámica interna de la celebración e ingredientes

Después de lo expuesto hasta aquí es hora ya de hacer un alto en el camino y confeccionar una recopilación ordenada de las informaciones precedentes. Después de las diversas formas de celebración que se han descrito, hay que señalar con un cierto sentido comparativo y de síntesis los elementos comunes en que coinciden todas ellas. Eso nos va a permitir diseñar el perfil de la celebración.

a. *El acontecimiento*. En todos los casos se parte siempre de la existencia de un hecho importante, generalmente pasado, en torno al cual se instituye la celebración. El ámbito de interés de este acontecimiento es diverso. Puede afectar sólo a una familia, o a una región, o a todo un pueblo, o a un clan tribal, o a toda la humanidad, como ocurre en el cristianismo. De la importancia y magnitud del acontecimiento dependerá, obviamente, la amplitud de la asamblea convocada para celebrar y la envergadura misma de la celebración. El acontecimiento, que está en el origen de la celebración, puede tener carácter profano, como el nacimiento de un hijo, o la firma de la Constitución de un país. Hay, sin embargo, otro tipo de acontecimientos de talante religioso o sagrado. Por supuesto, los grandes arquetipos míticos que están en el origen de las comunidades tribales y que recogen las grandes gestas realizadas por los héroes fundadores de la tribu tienen carácter sagrado e implican a toda la tribu. Finalmente, refiriéndonos al cristianismo hay que decir que el acontecimiento que da lugar a toda celebración cristiana y está en la base de la misma es el acontecimiento pascual de Cristo. Pero éste no es un mito. Se trata, por el contrario, de un evento que se sitúa en la historia y que afecta, de un modo u otro, a toda la comunidad humana. De ahí su carácter universal.

b. *La convocatoria*. Para poder dar paso a cualquier tipo de celebración es preciso que, de ante-

mano, medie una especie de convocatoria, más o menos expresa, más o menos solemne, con mayor o menor amplitud. Esta convocatoria tiene como objeto cursar una invitación al colectivo interesado para que se reúna y participe en la celebración. La amplitud de la convocatoria, como es natural, depende de la amplitud y dimensiones del colectivo al que va dirigido. Tratándose del cristianismo, esta convocatoria, que coincide plenamente con el anuncio misionero, está abierta a todos los hombres. Todos estamos llamados a confesar nuestra fe en Jesús, a reconocerle como Señor, a adherirnos a la comunidad de los creyentes y a reunirnos en asamblea para confesar el señorío de Jesús y celebrar el misterio de su muerte y resurrección.

c. *La asamblea.* Los que han sido convocados y han secundado positivamente la llamada se reúnen en asamblea. Las proporciones de ésta son diversas según se trate de celebraciones familiares o de otro tipo. La asamblea familiar está dotada de unos ingredientes muy particulares en razón del entorno doméstico en el que se desarrolla la celebración; en razón, también, de los vínculos que unen a los participantes; y en razón, finalmente, del clima cálido y entrañable que se respira en este tipo de eventos. La asamblea cristiana, a cuya estructura, configuración y características dedicaré un capítulo entero, no es otra cosa que la comunidad del pueblo de Dios reunido en iglesia para celebrar los misterios. En todo caso, me parece muy oportuno señalar aquí que nunca nos será posible hablar de celebración sin hablar previamente de la existencia de una comunidad reunida en asamblea. Sin asamblea no hay celebración.

d. *Los ingredientes celebrativos.* Aunque sea muy de pasada, algo hay que decir aquí sobre el particular. Me refiero al comportamiento de la comunidad una vez que se ha reunido en asamblea. Se trata, ni más ni menos, del embrión y de la quintaesencia de lo que llamamos celebración en el sentido más estricto. Los comportamientos son di-

ferentes según el tipo de cultura y la sensibilidad de la comunidad celebrante. Siempre nos movemos, en todo caso, en un nivel de expresión simbólica que remite al acontecimiento que ha generado la celebración.

Hay un elemento importante que se repite siempre, sea cual sea la forma y el talante de la celebración. Me estoy refiriendo al *discurso inaugural* de los actos celebrativos. En él se expresan los motivos que han dado lugar a la celebración, se evoca el acontecimiento que está en la base de la misma, se resalta su importancia y se invita a la asamblea a hacer memoria del mismo. En las celebraciones arcaicas, como ya vimos, se hace una proclamación solemne del mito o de los mitos cuyas grandes gestas van a ser objeto de imitación y de reproducción simbólica mediante el ritual celebrativo. En el entorno cristiano el papel o la función de este discurso inaugural está perfectamente asegurado por la proclamación de la *palabra de Dios*, la cual, siempre, de forma más o menos directa o explícita, hace referencia al acontecimiento pascual. Él es el que motiva la celebración cristiana, la cual, a su vez, no es sino la imitación ritual del mismo, su conmemoración y su actualización.

Además del discurso o palabra, hay que señalar igualmente la existencia de una rica gama de *actitudes, gestos y comportamientos* que integran la celebración: gestos de veneración y de respeto, como la prostración penitente, la inclinación del cuerpo o de la cabeza; los baños lustrales de purificación o de regeneración, las imposiciones de manos, las unciones, la danza, los banquetes sagrados, las libaciones, etc. Junto a esta serie de actitudes o comportamientos hay que señalar, por una parte, los cantos y el uso de toda clase de instrumentos: el órgano, el violín, las guitarras, los tambores y otros instrumentos; el repique o volteo de campanas, etc. Por otra parte, hay que hacer una referencia a toda una serie de objetos utilizados en la celebración y cuya gama es interminable, Me refiero a ob-

jetos, como el pan, el vino, el agua, las flores, los manteles, el aceite, el incienso, la ceniza, los ramos de olivo, las palmas, la cera de los cirios, el fuego, los vasos sagrados, el arca del tabernáculo para guardar la reserva de la eucaristía, etc.

Éste es el núcleo de la celebración. Cada colectivo utiliza y pone en juego todo este material simbólico o ritual según su sensibilidad y de acuerdo con su idiosincrasia. Las formas culturales, naturalmente, también constituyen un condicionamiento decisivo en el uso de unas u otras formas de expresión. Porque, en última instancia, toda esta gama de gestos y actitudes, interpretados por el discurso verbal y la palabra, hay que entenderla en clave de símbolo y con referencia al acontecimiento fundante del que quieren ser reproducción ritual, proclamación evocadora, memoria y forma simbólica de presencia.

*e. Repetición incesante y periódica.* Es otra faceta fuertemente atestiguada por los diversos testimonios de celebración que hemos analizado, sobre todo desde la Historia de las Religiones. La repetición periódica del ritual, año tras año, permite al colectivo celebrante incorporarse progresivamente al misterio salvador que celebra; o, en otros casos, garantiza la reproducción cada vez más intensa de los gestos y de las hazañas ejecutadas en el tiempo mítico por vez primera por los héroes fundadores de la tribu. De este modo la comunidad que ejecuta el ritual se ve inmersa en un proceso de retorno a sus orígenes, de contacto con sus propias raíces y de profunda regeneración y purificación.

*f. La reproducción simbólica del acontecimiento.* Quizás sea éste uno de los aspectos más relevantes de la celebración, sobre todo en el ámbito de la experiencia religiosa. Todos los elementos que integran el acto celebrativo se desenvuelven en la esfera de lo ritual y simbólico. Son formas de expresión que, a través del lenguaje simbólico, reproducen y actualizan gestos y acciones trascendentes

que, de suyo, escapan a la captación y al contacto directo del hombre. Por eso decimos que la celebración conmemora el acto salvador, lo imita, lo reproduce y lo hace presente de forma que la comunidad celebrante se ve transportada al contacto real con el misterio que la trasciende y la regenera.

*g. Segregación y distanciamiento de lo cotidiano.* Tocamos aquí un aspecto que, al tratar de forma más sistemática sobre el concepto de lo sagrado, tendremos oportunidad de desarrollar más ampliamente. La idea de separación y segregación es apuntada comúnmente como un componente de lo sagrado. A lo largo de nuestro análisis, en efecto, también hemos podido detectarla. La celebración nos sitúa en un espacio aparte; en un nivel ajeno a lo cotidiano, que nos aleja del quehacer y de los hábitos de cada día. En ese sentido hemos hablado de gestos y comportamientos especiales, festivos, que escapan a la monotonía de lo ordinario y a la moderación de lo convencional. Esta exigencia de separación afecta no sólo a los gestos y comportamientos, sino también a los condicionantes de tiempo y espacio, al lenguaje, a las personas y a las cosas.

## 7. Aproximación al concepto de celebración cristiana

Lo que voy a exponer ahora, en este último punto, no es sino una recopilación de todo lo dicho anteriormente. Estoy convencido de que el análisis anterior, fruto, sobre todo, de nuestra experiencia celebrativa, nos va a permitir describir en qué consiste la celebración cristiana.

La síntesis podría expresarse de este modo: Celebrar es reunirse en asamblea, en respuesta a la llamada de Dios que nos convoca, para poder hacer memoria y expresar la presencia del Señor Jesús, a través de palabras, gestos y actitudes. Por medio, pues, de los gestos sacramentales, que imi-

tan y reproducen simbólicamente el acontecimiento pascual, éste se hace presente en medio de nosotros y, mediante un encuentro interpersonal misterioso y profundo, el mismo Señor Jesús nos incorpora al gran misterio de su muerte y resurrección. La celebración, por tanto, es una acción comunitaria, distinta del quehacer de cada día y repetida periódicamente en un ritmo ininterrumpido, en la que se combinan palabras, gestos y acciones, con el fin de expresar simbólicamente y de forma realmente eficaz nuestra inmersión en la pascua.

---

## 1 RASGOS DE LA CELEBRACIÓN

Resumo aquí, a grandes rasgos, esquemáticamente, lo dicho en el punto sexto del capítulo primero. Éstos son los elementos que configuran el perfil de la celebración:

1. El acontecimiento. Es el punto de arranque de la celebración, lo que la motiva y justifica.

2. La convocatoria. Es la llamada e invitación a celebrar. Su amplitud depende de la importancia del acontecimiento.

3. La asamblea. Los invitados a la celebración cuando se reúnen constituyen una asamblea. Son los invitados.

4. Los ingredientes celebrativos. Son los elementos festivos que configuran el acto celebrativo propiamente dicho. Son los siguientes:

El discurso inaugural. Es lo que explica el sentido de la celebración.

Las actitudes de los invitados, con sus gestos y comportamiento:

- La música y el canto.
- La danza.
- Los objetos utilizados.

5. Repetición incesante y periódica. La periodicidad de las acciones rituales es un factor indispensable.

6. La reproducción simbólica del acontecimiento. El acontecimiento original se hace presente en la celebración.

7. Segregación y distanciamiento de lo cotidiano. La celebración representa una liberación del quehacer diario y de lo vulgar.

---